



## NUESTRA SEÑORA DE LA ZARZA.



Nuestra Señora de la Zarza.—Dibujo de Lancelot.

Este hermoso edificio se eleva en la aldea de Notre-Dame-de-l'Epine, á ocho kilómetros de Châlons-sur-Marne, en el camino que conduce de esta ciudad á Strasburgo por Metz.

T. III—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

La aldea y la iglesia deben su origen á una aldea mas que una capillita rodeada de



cada á San Juan Bautista, á corta distancia de las parroquias de Melette y de Courtisols. La víspera de la fiesta de la Asuncion al anochecer, unos pastores de estas dos aldeas que habian llevado sus rebaños junto á la capilla, vieron una grande claridad que iluminó de repente una zarza que allí habia. Los primeros carneros huyeron espantados, pero los corderillos se acercaron sin temor. Los pastores, sorprendidos, se aventuraron á seguirles, pero la luz haciéndose mas brillante, les deslumbró hasta el punto que cayeron sin conocimiento. Cuando recobraron sus sentidos, la luz resplandecía con mas suavidad, y adelantándose vieron en medio de una aureola, una pequeña estatua de la Virgen con el niño Jesus en brazos. Conforme iba entrando la noche, la luz aumentaba en intensidad, esparciéndose, segun decian, á diez leguas á la redonda. Los pastores contaron el prodigio que habian presenciado, y de este modo la noticia del milagro circuló toda la noche por aquella comarca; sin embargo, la claridad desapareció con el día de la Asuncion, sin volver á renovarse.

Advertido por los curas de Melette y de Courtisols, el obispo de Châlons fué á visitar la zarza sagrada en cuyo centro se halló una pequeña estatua de piedra amarillenta, perfectamente pulimentada: tenia de altura unas doscientas pulgadas. Al punto fué transportada con gran pompa á la capilla de San Juan Bautista, que desde entonces se volvió el objeto de una peregrinacion muy frecuentada.

Los fieles llevaban ofrendas considerables á las iglesias de Melette y de Courtisols, y como la oficialidad de Châlons quiso apropiárselas, el rey Carlos VI mandó que se destinaran á la construccion de una iglesia que habia de reemplazar la capillita.

La Francia estaba entonces invadida por los ingleses que poseian la mayor parte del territorio, y tenian por todas partes dignidades y empleos. Un arquitecto inglés llamado Patricio se encargó de la construccion de la iglesia proyectada. En efecto, bajo su direccion los trabajos adelantaron con rapidez: en 1439, la fachada, la nave y la torre del norte estaban concluidas, pero como las probabilidades de la guerra eran ya mas favorables para la Francia, los ingleses principiaron á temer por sus bienes y vidas; en una palabra, el arquitecto Patricio huyó con el dinero que le habian confiado para la ereccion del monumento.

Los trabajos permanecieron abandonados hasta que un albañil francés, Antonio Guichard, se puso á su cabeza, y desde entonces la iglesia principió á levantarse poco á poco. Guichard modificó mucho los planes de su predecesor, sobre todo en las proporciones. En 1529, la iglesia de Nuestra Señora de la Zarza estaba concluida. Todos los pueblos de la comarca contribuyeron con entusiasmo al embellecimiento de la nueva basilica. Châlons y Verdun le dieron sus magnificas vidrieras y sus hermosas campanas; pero desgraciadamente, los ingleses rompieron todos los vidrios de la iglesia, en una tentativa que hicieron para saquearla.

La historia particular de Nuestra Señora de la Zarza es una serie de fiestas religiosas y de milagros obtenidos por intercesion de esa santa Virgen. Durante la revolucion de 1789, ocho de sus campanas fueron convertidas en moneda y se usó la aguja de la torre del norte para poner allí un telégrafo. En 1825, un rayo estropeó algunas partes de la torre meridional, pero bien luego se reparó este daño.

La iglesia de Nuestra Señora de la Zarza es de un bello estilo gótico, con la forma general de las iglesias del siglo XIII. La elegancia y elegancia de la fachada son admirables, sobre todo por el hermoso arco formando

pirámide que se eleva sobre la puerta principal rodeando un inmenso crucifijo. El efecto de este emblema de la redencion colocado así á la entrada del templo, no puede ser mas bello. El roseton de en medio parece puesto en un marco ovalado; los dos campanarios ofrecen con poca diferencia los mismos detalles de escultura y de construccion, aunque el del norte es un poco mas pequeño que el de la torre meridional.

Un hermoso pulpito separa la nave del coro, habiendo además dos altares construidos en estos últimos tiempos. En el de la derecha se halla la estatua milagrosa, cubierta casi enteramente de preciosos adornos.

La fachada del norte es triste y sin ornatos, la del sur es curiosa é interesante.

El coro se halla formado por diez pilares reunidos por un hermoso cercado de piedra esculpida. En la parte septentrional de la iglesia hay un pozo á cuyas aguas se atribuyen maravillosas propiedades. La mayor parte de las capillas son notables por la delicadeza de sus adornos esculpidos.

## HISTORIA

DEL

### ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Veanse las pag. 294, 301, 309 y 317.)

#### IX.

Cerca de dos meses habian transcurrido desde el día en que Acacia, el antiguo caballo del Napoleon de la guerra, habia llevado encima al Napoleon de la paz, y el veterano de las caballerizas imperiales y reales continuaba gustando las dulces comodidades, que la jenerosidad de M. Lev... habia asegurado á su vejez; apenas salia de la cuadra sino para dar una vuelta por el campo, y evitar, con un poco de movimiento, los peligros de una larga inaccion, y de la obesidad.

Cuando salia, los muchachos de las aldeas corrian á saludarle y admirarle.

— Ahí va Acacia, el caballo de Napoleon! gritaban. Y todos se disputaban el honor de ser admitidos á tocarle, á presentarle un trozo de pan, que él desdeñaba siempre; pero las ofertas continuaban á pesar de las obstinadas negativas del caballo. A aquellos tributos, á aquellos homenajes de la infancia y de la juventud, se reunian los de la edad madura y de la ancianidad. Acacia era honrado, festejado casi como un antiguo soldado, que hubiera recibido los fuegos de la Europa guerrera, como un noble resto de las guerras de la revolucion y del imperio.

Una mañana, M. Lev... vió llegar á su patio, en donde fumaba tranquilamente su pipa, uno de sus vecinos, Juan Potard, ex-sarjento de coraceros, ahora cerrajero en Viré.

— Qué quieres, muchacho? le preguntó M. Lev... asombrado de verlo; no es hoy cuando casas á tu hijo?

— Precisamente por eso vengo.

— Ah! vienes tal vez á buscarme... pero tranquilízate, seré exacto á la cita. Pronto estaré vestido.

— Tengo que pedir os una cosa.

— De qué se trata?

— Quiero que me presteis á Acacia por hoy.

— Acacia! pues, para qué le quieres?

— Querria que fuese tambien de las bodas.



— Y le traes papeleta de convite?

Juan Potard se echó á reir.

— Papeleta, no; pero escuchad; soy un antiguo soldado del emperador, y creo que Acacia debe tomar parte en la función de hoy... Es una idea como otra cualquiera, no es verdad?

— Si, pero mi Acacia no está acostumbrado á la fatiga de las carreras largas; necesita mucho cuidado y temo que sea olvidado en medio del movimiento, y de los placeres de la boda.

— No tengais cuidado, cuidaré de Acacia, y el que lo montará no es capaz de hacerle mal; es ginete que no le hará galopar.

— Bueno! pero podría montar otro caballo; acaso Acacia es indispensable para la boda? no podría casarse tu hijo sin él?

Tendría M. Lev... un secreto presentimiento de la desgracia que amenazaba á Acacia? Así pudiera creerse, al ver su vacilacion en acceder al deseo del ex-coracero. Pero Juan Potard insistió con tanta impertinencia, que no hubo medio de negarle lo que pedia. M. Lev... le condujo á la cuadra en donde Acacia acababa de tomar su comida, última comida!

En aquel momento, M. Lev... sintió una especie de recrudescencia en los sentimientos de repugnancia y de temor, que le habian aconsejado una negativa; pero habia prometido, y no queria ni podia faltar á su promesa. Ayudó Juan Potard á ensillar á Acacia; pero cuando se quiso conducirla fuera de la cuadra, el caballo manifestó caprichos de oposicion, y de desobediencia, que parecieron extraordinarios á M. Lev...; era la primera vez quizás, desde su entrada en la casa de su nuevo señor, que se mostraba poco dócil. M. Lev... participó sus observaciones á Juan Potard; pero este, que queria que Acacia fuera á adornar la fiesta nupcial, no vió cosa digna de consideracion en las observaciones de M. Lev...

Al fin, Acacia se decidió á salir de la cuadra, y Juan Potard, altivo con su conquista, le condujo por la brida, para probar á M. Lev... el cuidado que se tomaba por el caballo.

A las tres de la tarde, el músico de la aldea, con el pecho adornado con un enorme ramo de flores, y llevando un violín, al que hacia producir sonidos chillones, y muy poco alegres, se adelantaba á caballo, al frente de una turba de aldeanos, que iban algunos pasos detrás de él. Los aldeanos, entre los que iban los desposados, rodeados de sus parientes, cantaban canciones análogas á las circunstancias, y el violín del músico luchaba en vano contra los vigorosos acentos de las voces vigorosas de la Normandia.

El músico creyó entonces que debía dejar descansar un momento su instrumento fatigado, para arreglar, apretar, ó encerar las cuerdas; pero en aquel momento se le escaparon las riendas; no obstante, el paso tranquilo y lento de Acacia le tranquilizó; no observó que bajaba por uno de esos caminos resbaladizos, por los que todo caballo, joven ó viejo, tenia necesidad de ser dirigido con precaucion, por medio de las riendas, que le sostuvieran, y á veces le detuviesen.

Pero el músico, completamente extraño al arte de la equitacion, y que montaba por primera vez á caballo, iba á pagar muy cara su imprudente temeridad, y su fatal inesperienza.

Los cantos continuaban con doble intensidad; unos instantes mas, unos cuantos pasos andados hubieran sacado á

Acacia del mal camino; pero antes de suceder, su pié derecho tropezó con una piedra pegada al suelo; el caballo perdió el equilibrio, cayó y rodó; el músico lanzó un grito, que nadie oyó; los aldeanos que iban á la cabeza de la columna buscan al músico, y á su caballo; se adelantan, y entonces, cuán horrible espectáculo se ofreció á sus miradas!

Acacia yacía en el suelo, exhalando su último suspiro; el músico, desmayado, y teniendo todavía su violín en la mano estaba con una pierna debajo del caballo, le sacan con precaucion; pero tenia un pié estropeado!

De este modo, el noble animal que llevaba á Napoleon en Waterloo, que fué poseído por tres reyes de Francia, que fué montado por Carlos X, y por Luis Felipe, que asistió alternativamente como actor y como testigo á la caída de dos imperios y de dos dinastías, moría de la muerte mas oscura, mas vulgar, en una pequeña aldea, y su último ginete era un musiquillo normando.

Aquella catástrofe, que acababa de poner fin á la existencia de Acacia, y de comprometer gravemente la del pobre músico, produjo un doloroso eco en el distrito de Viré, y aun mas lejos. Hubo disgustos y lágrimas para las dos víctimas. Pero la desgracia sucedida al imprudente músico era reparable, debió á socorros afectuosos é inteligentes, su restablecimiento rápido, y dos meses despues de la caída acompañaba nuevamente con su música otras bodas de la aldea. Con la diferencia de que iba á pié; habia hecho juramento de no volver á montar á caballo.

La historia refiere que Alejandro el Grande mandó hacer magníficos funerales á su corcel favorito, á aquel bucéfalo que montaba al pasar el Gramis, y en los llanos de Arbelas. El último caballo del moderno Alejandro no tuvo este honor; pero á lo ménos se preservaron sus restos del insulto reservado á los cadáveres de todos los caballos, cualquiera que sea el papel que hayan podido hacer en su vida, y sin consideracion al jénero de servicios que han prestado.

El escalpelo del desollador no imprimió sobre la piel de Acacia sus vergonzosas y sangrientas huellas. Se abrió un ancho surco para contenerlo, á veinte pasos del sitio en que habia encontrado la muerte; unos cuantos aldeanos asistían á esta ceremonia, y en medio de ellos se veía á Juan Potard, ex-sarjento del 7º de coraceros, que representaba en cierto modo al ejército de Napoleon en los modestos funerales de su último caballo. Las lágrimas que corrían de los ojos del veterano fueron la oracion fúnebre de Acacia; no les faltaba cierta elocuencia.

La muerte de Acacia recordó á M. Lev... la promesa que Luis Felipe le habia hecho; escribió al monarca anunciándole el fin del caballo que montaba el dia de la revista de la guardia nacional de Viré.

La contestacion no se hizo esperar; pero en ella se advertía á M. Lev... que se dirigiera al marqués de Strada, caballero mayor del rey. La administracion no pensó en pagar la deuda de Luis Felipe; M. Lev... renovó su peticion; fué en vano. Tuvo que resignarse á guardar silencio, y el caballo que debía reemplazar á Acacia en su cuadra, no salió de las del rey de los franceses.

FIN.

#### LOS BARDOS ARMORICANOS.

Los bardos tenían entre los galos un doble carácter religioso y nacional. Formaban parte del gobierno de las ciudades, guardaban el templo, animaban el valor de los combatientes con sus himnos de guerra, celebraban las acciones



nobles y descargaban su ira contra las cobardías. Esta institución se modificó insensiblemente, pero conservó mas importancia entre los bretones insulares que entre los galos. Entre aquellos los bardos ejercían aun en el siglo IV en el seno de las familias nobles, ciertas funciones regulares y confirmadas por la ley y por la costumbre. Cuando esas familias pasaron á la Armórica en 390, se llevaron consigo sus bardos y la poesía cristiana ya de estos últimos debió ejercer una grande influencia sobre el bardismo pagano todavía de la Bretaña.

Las obras de estos bardos que cantaban en la Armórica

en el V y VI siglo, se quedaron sin duda en la tradición oral y hubieron de perderse luego; pero no por eso es ménos cierto que ellos dieron principio á la escuela poética continuada hasta nuestros días.

La clase mas importante de estos bardos, era la de los *kloareks*, nombre que se da á los jóvenes que abandonan los campos, para estudiar y entrar en el gremio de la iglesia. Ordinariamente el *kloarek* no principia sus estudios hasta la edad de diez y seis á diez y siete años; y aun á veces llega á sentarse en las escuelas en toda la fuerza de una robusta juventud, al lado de niños de ocho años, sometién-



Un Kloarek.

dose á todas las burlas que provoca esa instrucción tardía. Su traje no experimenta ningún cambio, pero desaparece su larga cabellera como para indicar el noviciado de la tonsura clerical, conservando únicamente algunos bucles que flotan por detras sobre los hombros, último simbolo de los sueños mundanos que quizá podrán sobrenadar en aquella cabeza en medio de los austeros pensamientos del porvenir. Su familia no puede sin embargo subvenir siempre á sus necesidades, aunque con la esperanza de hacer de él un sacerdote, arrostra toda clase de sacrificios. Así sucede que suelen faltarle los objetos mas precisos, como libros, papel y pluma, y en este caso el *kloarek* tiene que ingeniarse para suplir esta falta de recursos. Se hace con los cuadernos viejos de sus camaradas y escribe en los blancos de los renglones; recoge fuera de las clases las plumas que ha barrido el portero; copia las obras clásicas y le sirve de libro su manuscrito. Su vida material no es ménos laboriosa ni económica. Reunido con cinco ó seis de sus camaradas, alquila una guardilla que le sirve á un tiempo de cuarto de estudio, de cocina y de alcoba: A veces tambien el *kloarek* halla un tabernero ó un cochero que le suministra un jergon y una manta en un rincón, y en cambio le trae el agua de la fuente

va á recoger yerba y cuida los caballos en la cuadra. Algunos estudiantes privilegiados se colocan de escribientes en casa de un notario mediante una ligera gratificación mensual; otros dan lecciones de leer y escribir á razón de dos reales por mes; pero cualquiera que sea la industria que ejerza el *kloarek*, apenas le produce para vestirse de modo que los gastos de instrucción y alimento, quedan siempre á cargo de la familia.

En invierno, la alcoba que habita el *kloarek* con sus compañeros le sirve de gabinete de estudio; pero en cuanto llega la primavera abandona su guardilla por los campos; se sienta entre dos surcos uno que le sirve de asiento y el otro de mesa para escribir sus lecciones, colocando á su lado la jaula de su buvrello, porque el *kloarek* demasiado pobre para alimentar un perro, debe contentarse con un pajarillo de los campos que alimenta con su pan, y que en invierno calienta en su pecho. El pajarillo le conoce, le ama y le comprende; como él es un hijo de los campos que canta cuando llega la brisa de estío y el olor de la paja seca.

Así pasan los siete años mas floridos del estudiante. Sin embargo se ha ido operando en él un insensible cambio. Arrancado á las ocupaciones rústicas para entrar súbita-



mente en el reposo del cuerpo y el trabajo de la inteligencia, sus miembros se ponen pesados en la inacción, su tostada frente palidece; bien luego todo su cuerpo se ablanda, y el robusto hijo de los campos se vuelve semejante al hombre de las ciudades que se moriría si le cayera una escarcha. Pero al mismo tiempo también, y por compensación, se desarrolla su inteligencia, se fortifica, se ensancha en el ejercicio del pensamiento; su imaginación enriquecida principia a iluminar su corazón cuyos movimientos y deseos comprende y analiza mejor que antes. Ya la vida material no es el todo a sus ojos; achicado su cuerpo, su alma se muestra preponderante. Entonces también las enfermedades del hombre civilizado le atacan a la vez; entonces llegan los dolores vagos, el vacío, esas tristezas sin nombre y sin remedio que vienen de no se sabe donde, y que sin saber por qué hacen desear la muerte. Entonces se sueltan de repente cantos de esperanza ó de tristeza, y el kloarek se vuelve poeta a su vez, pero poeta de sus propias sensaciones mas bien que de los movimientos de la vida exterior.

El *sóne* siguiente dará una idea de lo que son esas elegías:

«Me hallaba en mi jardín con el corazón rebosando de alegría, cuando vi una flor alta y brillante; sus hojas resplandecían como el sol cuando se pone en el horizonte.

«Y esa flor era una flor de melancolía, que entró en mi corazón, y desde entonces se quedó enfermo, y no puedo arrancármela. Su vista solo me dejó meditabundo.

«Soy un pobre kloarek que no tiene aun la edad de un hombre y que sigue sus estudios; este año estaré muy melancólico, porque la que amo no me ama.

«Cuando venga otra vez la primavera, florecerán de nuevo los blancos cercados así como los corazones de las jóvenes; las hermosas flores se regocijarán en los jardines, y también los corazones de los jóvenes se regocijarán en el mundo.

«Pero yo me iré a construir una torrecilla en frente de la morada de la que amo tanto y allí lloraré los tiempos pasados; allí pensaré a solas en mi fatal estrella.

«Vine a cantar un poco bajo su ventana, y oí a los pájaros que cantaban también en lo alto de los árboles pareciendo decirme: — Kloarek, de qué te sirve entristecerte tanto?

«Por qué no estás contento con tu suerte? No lo tienes todo en abundancia? Vives en la casa en que has nacido; tienes a tu lado a tus padres y Dios te da el vestido y el alimento

«Mientras que nosotros que cantamos de todo corazón, no tenemos nada en el mundo. Cesa pues, kloarek, y deja que penetre la alegría en el corazón de un joven.»

## EL CASTILLO DE HILTON.

### PROCESO CRIMINAL.

El castillo de Hilton, á tres millas al oeste de Monk-Wearmouth, enterrado por decirlo así, en la espesura de los bosques que lo circundan, rara vez es visitado por los extranjeros. Es sin embargo, un monumento curioso y digno de estudio, como resto de aquellas antiguas moradas feudales que la Inglaterra poseyó en mayor número que ningún otro país del mundo. Habiendo llegado desde Gateshead á Sunderland por el camino de hierro, dejé esta ciudad y me dirigí á pie hacia Hilton, cuyas torres de color gris descu-

bri en el fondo de un valle que mi vista dominaba. Descendí á él, y bien pronto me hallé al frente de un torreón almenado y de una puerta sobre cuyos dos pilares se ven labradas en piedra negra dos aves sosteniendo una corona: á cierta distancia parecen cuervos; pero desde mas cerca se percibe que son mas bien halcones ó águilas. Tienen un aspecto singular, que prepara en cierto modo al viajero á la extravagancia de la mansión de que estas aves son los inmóviles guardianes. Por esta puerta, que casi obstruye un mal construido tinglado, se penetra en una senda que conduce al parque, guarnecida á derecha é izquierda por una empalizada bastante destruida. Al término de esta calle hay otra puerta: de los dos cuervos, uno aquí soltó sin duda el vuelo herido tal vez por alguna bala de cañón durante la guerra civil; el otro se mantiene todavía en pie y parece fijar sobre el que llega su mirada siniestra. Esta puerta da entrada á una granja, donde segun costumbre del norte de Inglaterra no pude obtener otra respuesta á mis preguntas, sino que me dirigiera á la mujer anciana que habitaba el antiguo castillo. A él encaminé mis pasos atravesando los campos.

La fachada atestigua desde luego la antigüedad de esta sombría mansión. Cuatro torres cuadradas presentan sus ángulos salientes y macizos; todas ellas con almenas octogonas de un trabajo precioso. El muro que reúne estas torres se halla igualmente almenado, y la galería voleada que domina torres y murallas, permite en un caso á los defensores del castillo destruir á cuerpo cubierto á las tropas que le pongan cerco. Encima de la puerta, sostenido por un arco elíptico que termina en punta, se encuentra un segundo cuerpo de obra también con almenas, sobre las cuales se ven los restos de algunas figuras de piedra, que recuerdan las que se hallan situadas sobre las torres de Alnwich-Castle.

El ojo del anticuario no puede equivocarse, y reconoce al punto la arquitectura del tiempo de Ricardo II. En el centro se ven colocados varios escudos de armas á la sombra de una bandera, donde están acuarteladas las armas de Francia y de Inglaterra. Están dispuestos en tres líneas con bastante irregularidad, y tal vez alterado el orden primitivo de su colocación. Estos escudos son los de Neville, Skirlaw, Peryers y Louvaine, Brabante, Hilton, Vipout, Lumley, Grays-toke, Euse, Eitz-Randal, Washington, Ogley, Conyers y algunas otras familias cuyos blasones no sé descifrar. Entre los últimos, encontré sobre la torre el escudo de los Surtées de Bowes. Yo había observado á cada lado de la puerta dos lamparines de granito, testimonio de la antigua hospitalidad, y los mojones destinados á trazar el camino circular de las carretas.

Pero las ventanas están ahora entarimadas en gran parte; aquel conjunto de madera, melancólico y doloroso, inspira al corazón una indecible tristeza.

La fachada oriental, no menos adornada, es de un carácter parecido: vese en ella labrada una enorme cabeza de Moisés, que se reconoce por los cuernos tradicionales, y encima de ella un ciervo de muestra con una cadena al cuello. Por último, como en la entrada anteriormente descrita, hay dos jambages góticos formados por el agrupamiento de numerosos pilares y esculturas de una delicadeza extrema.

En lo alto del castillo, sobre un elevado terraplen se ven las ruinas de una antigua capilla, en otro tiempo afamada por su elegancia y su riqueza. Bourne habla de ella en su *Historia de Newcastle*, escrita en 1736, y pondera la cantidad de alhajas y libros de que estaba provista. Al presente



subsiste aun la techumbre, pero los cruceros góticos se hallan en su mayor parte destruidos: en el interior se encuentran algunos bancos y los restos de un púlpito; pero ni un solo monumento de esta dilatada estirpe de nobles es anterior al último siglo de la época sajona. Los trozos esparcidos y rotos se hunden bajo los pies, las aves hacen sus nidos en las grietas de las paredes, y la armazón de la bóveda se desmorona.

En el exterior, se encuentran en gran número labrados en piedra los escudos de los Hilton y de las familias con estos enlazados, como los Vipont, los Stapleton, etc., y otra vez la cabeza bicornes del viejo Moisés.

Tal es el aspecto que me ofreció Hilton-Castle, y he creído conveniente detenerme sobre este cuadro, como prólogo natural de mi narración.

La historia de la familia de Hilton es una de las mas curiosas que pueden suministrar los anales de los pares ingleses. Sábase que trescientos años antes de la conquista, bajo el reinado de Athelstane, uno de los reyes sajones, esta familia era famosa ya en toda la Inglaterra.

La inscripcion conservada en Hartlepool los testifica. En tiempo de la invasion normanda, Lancelote de Hilton y sus dos hijos Enrique y Roberto abrazaron la causa del conquistador: Lancelote fué muerto en Feversham; en recompensa de los servicios paternos y de los suyos, recibió Enrique, que era el mayor de los hermanos, un vasto dominio sobre las márgenes del Were en las cercanías de Weresmouth. Este fué el que edificó el Hilton-Castle, hacia el año de 1702. Fué uno de los diputados que trataron con Guillermo en nombre de los cuatro condados del norte, y murió bajo las banderas de este príncipe en las llanuras de Normandia.

Bajo el reinado de Eduardo III, John de Hilton, que habia enviado cuatro de sus hijos á combatir en Francia á las órdenes del príncipe Negro, fué creado baron por haber defendido valerosamente este edificio contra las incursiones escocesas.

La transmision de la dignidad de par se verifica regularmente durante siete generaciones; pero William, el sétimo y último varon, la perdió por haber soltado ligeramente algunas palabras arriesgadas contra la reina y su favorito De Le-Pole. A la muerte de William, que se habia adquirido cierta reputacion por sus violencias, la corona se apoderó de sus dominios y se los dió al obispo de Durham, su defensor, el cual los poseyó por mucho tiempo, con exclusion del legítimo heredero.

Con todo, despues de muchos años, Lancelote, nieto de William, recobró su castillo y una parte de sus bienes; pero fué esto por una concesion voluntaria del obispo, y bajo condiciones bastante duras. La porcion que le fué devuelta quedó gravada con muchos censos y servicios para con la sede episcopal de Durham; desde entonces subsistieron, habiendo recobrado el título de baron, pero renunciando al de baron del obispado.

Bueno será decir que en las cuestiones heráldicas, algunos puntos de esta genealogia han ofrecido sus dificultades. Surtées dice que el verdadero tronco de esta familia fué Romanus, caballero de Hilton, que vivia en el siglo XII; pero dice tambien que pocas familias han amontonado tantas tradiciones, y que despues de haber decaído esta de su antiguo esplendor, los caballeros del Norte le manifestaban todavia el mayor respeto, considerándola como la mas noble del pais, aun prescindiendo de la dignidad de par que es aneja á los primogénitos. En toda comision episcopal, nún-

de Surtées, el nombre de Hilton figura en primera línea.

Ademas de esta casa solar de Hilton, los barones de este nombre poseian para sí y para sus herederos los castillos de Bramston, Grindon, Ford, Clowcroft, North-Riddick, Great-Usworth y Follensley, en el condado de Yorck; Eryngton, y Woodhall, en el Northumberland; Alston-Moor entre este condado y el Cumberland. Tenian tambien derecho de colacion sobre Thykhalgh y Monck-Wearmouth.

Al cabo de cinco siglos y de veinte generaciones de esta ilustre familia, un terrible suceso vino á trastornar las condiciones de su existencia. Ultrajado gravemente, á lo que parece, por uno de sus parientes, Enrique de Hilton, jefe de la rama principal, abandonó repentinamente la morada de sus antepasados y acabó oscuramente su vida en el condado de Sussex en casa de un lejano pariente suyo. En su testamento, abierto en 1641, legaba el usufructo de todos sus bienes durante 99 años á la ciudad de Lóndres. Los herederos naturales se vieron totalmente despojados por tan largo espacio de tiempo, por lo cual aquel acto de la postrera voluntad de Enrique, dió margen á las mas activas contiendas judiciales. Los juriscultosos se atuvieron á las palabras del testamento y arrancaron á los herederos de los dominios, cuyos productos habian ya consumido, á tiempo que estallando la guerra civil, terminó de una vez la obra que mas tarde se habia de acabar al fin sin esta ayuda. Desde este momento, fué disminuyendo de dia en dia la fortuna de los Hilton. Su último descendiente directo, reducido á la humilde condicion de mercader de paños, vivia en Windmill-Hill (Gateshead), donde murió no ha mucho dejando su viuda y una hija cuyo ilustre nombre se ha perdido por último en algun plebeyo matrimonio.

Lo mismo que á la familia ha sucedido á su castillo. El viento pasa con sonrisa de triunfo por encima de los muros derribados y de los árboles ya secos que lo rodeaban. De tantas torres, de tantos salones inmensos, de tantos aposentos de esculpida techumbre, solo queda una pieza cerrada; y en esta pieza, que es la cocina, se recoge una familia de trabajadores. Sus vestidos, sus cacharros y los instrumentos de su trabajo apenas ocupan un rincon de aquella estancia demasiado grande ahora para cuatro personas, que la habitan.

Cuando entré, era cerca de mediodia; la madre y la hija, tostadas y pálidas como la tierra que trabajan estaban preparando su modesta comida. Un niño de rollizos mofletes, sentado sobre un monton de leña, me miraba al llegar con cierto aire de espanto, creyendo acaso que iba yo á espulsarlos de una habitacion tan en armonia con sus hábitos y necesidades.

Esta cocina tiene en si misma sus tradiciones. El niño asustado de Hilton (*the Cowhed Lad*) tiene allí sus nocturnas contiendas. Hilton-Castle ha sido la última residencia frecuentada por un duende algo celebridad. Hé aquí la historia:

Uno de los antiguos barones, habia dado orden de que ensillasen su caballo, y viendo que no se lo traian pronto, descendió él mismo á las caballerizas. Estaba solo el page y sin hacer nada, desperdiciando un tiempo precioso, en vez de cumplir la orden que habia recibido. Como el asunto que hacia salir al baron era importante y perentorio, montado este en cólera, echó mano á una hoz que por desgracia estaba junto á la puerta, y dió al niño un golpe que la fatalidad hizo mortal. Se dice tambien que ocultó entre la paja el cuerpo de la victima, hasta que la oscuridad de la noche le permitió sacarlo de allí y arrojarlo en un estanque, y lo que parece confirmar la tradicion es que en tiempo del último baron, fué hallado en efecto el esqueleto



de un niño entre el fango de un pantano próximo, Surtees, que refiere esta crónica, insinúa que pudo tener por fundamento la información judicial que acerca del cadáver de Roger Skelton de Hilton se verificó el 3 de julio de 1609, de la cual resultó que Roberto Hilton de Hilton, gentil-hombre, le había muerto de un golpe de hoz. Entre las sentencias del obispo James se encuentra el perdón de este crimen con fecha 6 de setiembre de 1609.

El *niño asustado*, —añade Surtees,—raras veces se aparecía á los criados que dormían en la sala grande; pero lo sentían todas las noches. Si habían arreglado la cocina antes de acostarse, el duende se entretenía en echar á rodar toda la espetera, en poner aquí y allá los platos y peros, y en revolver en fin lo de arriba abajo. Si por el contrario se había dejado todo en desorden (precaución que los criados toman sin la menor pena), el infatigable juguetón colocaba cada cosa en su puesto con el cuidado mas minucioso. Aunque dotado de malicia, nuestro pobre duende fué despedido en una ocasión por el procedimiento que ordinariamente se emplea para esta clase de exorcismos. Dejaron los criados sobre el hogar y cerca del fuego una capa y una túnica verde, quedando en acecho por lo que pudiera importar.

A poco rato el duende fuese acercando de puntillas, sentóse sobre las cenizas calientes y examinó atentamente el traje que se le había preparado: pocos momentos después se lo probó y parecía como encantado de lo bien que le sentaba; por lo menos sus brinco y descompuestas cabriolas demostraban la mas viva alegría. Al primer canto del gallo se arrebujo en la capa, y desapareció con el adios consagrado:

Aquí está la capita, la túnica aquí está;

De hoy mas en cosa alguna podré ser útil ya.

Por lo demas los pareceres están lejos de guardar conformidad acerca del curioso objeto que nos ocupa. La muger que me enseñó el castillo, designando un armario colocado debajo de una puerta, me dijo sin titubear:

— Este es el sitio donde metieron al *niño helado*.

— Quereis decir sin duda que él se ocultó ahí, le hice observar.

— No, — me replicó, — ahí le encerraron.

Y en su historia se habla de un niño maltratado por los señores de Hilton, y aprisionado (acaso durante las noches de invierno) en el armario en cuestión. De aquí el nombre de *el niño helado*.

Finalmente, una tercera version, debida á una señora muy impuesta en las tradiciones del país, cambia el sentido del epíteto distintivo aplicado á nuestro duende. *Cowed*, segun ella, no quiere decir *asustado ó espantado*, sino mas bien *decapitado*, ó cuando menos *rapado* ó con los cabellos muy cortos. El mérito principal de esta interpretación consiste en convenir con la idea tradicional de que el duende se aparecía bajo la forma de un niño sin cabeza.

No se puede creer, dicen todavia muchos de aquellos sencillos campesinos, en la espulsion definitiva del duende. Desde que recibió la capa y la túnica verde, se le ha vuelto á ver mas de una vez sobre los muros del ruinoso castillo, y á pesar de aquella ofrenda propiciatoria, persiste en jugar alguna mala pasada á los criados perezosos. Una pobre muchacha, entre otras, encargada de la lechería, y que tenía la mala costumbre de ir quitando con el dedo la nata confiada á su cuidado, fué castigada por el malicioso duende. Cierta dia en que la glotona se desayunaba de este modo á expensas de varios barreños de leche, el niño invisible

tocándola en la espalda, la dijo con acento colérico:

« Tú pruebas, tú pruebas, tú pruebas y nunca haces que pruebe el *niño asustado*. »

La pobre chica, dejando caer el cuenco que tenía en la mano, salió corriendo de la casa, y jamas quiso volver á entrar en ella.

Aun hoy sería Hilton-Castle la residencia mas cómoda de los duendes, y nadie en verdad querría disputársela. Allí encontrarían por otra parte una orquesta á propósito para sus danzas nocturnas, en el ruido misterioso de los vidrios que el viento azota y hace mover en las ventanas carcomidas: á mi casi me aturdió la primera vez que le escuché.

(Se continuará.)

#### ARTESANOS Y CAMPESINOS ASTRONOMOS POR VOCACION.

##### PRIMER ARTICULO.

El siguiente aforismo de B. de Palissy « La pobreza es un impedimento para el genio, » es con frecuencia una pura verdad. Sin embargo ciertas vocaciones hallan ménos obstáculos que otras, y suelen salir adelante á pesar de la ausencia de fortuna y de los primeros beneficios de la instrucción. En el número de estas últimas debe contarse la astronomía. El magnífico espectáculo que la bóveda celeste desarrolla incesantemente á nuestros ojos parece convidar al estímulo y á la animación de las facultades especiales que se requieren para los nobles y puros goces de esa ciencia sublime.

« La Alemania es el país mas fecundo en esa clase de fenómenos; » dice Montucla hablando de los hombres cuyo genio científico se desarrolló, venciendo las trabas de una profesion mecánica. La Francia puede ofrecer tambien en este género numerosos ejemplos.

Nuestra intencion es dar á conocer algunas de esas vocaciones notables, aunque sin la pretension de ser completos, pues sería sumamente difícil en esta materia. Nuestro objeto quedará satisfecho si logramos provocar la emulacion en algunas inteligencias, poniendo á la vista bajo este nuevo aspecto, lo conveniente, moral y justo que es solicitar y aun invitar á todos los ciudadanos de una nacion á adquirir el grado de instruccion necesario para favorecer el desarrollo de las facultades especiales.

Las noticias que damos aquí siguiendo un orden cronológico, pueden ofrecer el doble interés de que muchos de los hombres que se encontrarán en ellas no figuran en ninguno de los libros de biografías que existen hasta hoy.

*Longomontanus*, ó *Christian Severini*, nacido en 1562, muerto en Copenhague en 1647, era hijo de un labrador danés: fué uno de los observadores y calculadores mas laboriosos de aquella época. Sirvió ocho años con Tycho-Brahé, y le ayudó mucho en sus trabajos. Dejó dos tablas astronómicas y un tratado especial, intitulado: *Astronomia danica*.

*Eleazar Feronce*. Por los años de 1625, vivía en Vizille, aldea cerca de Grenoble, un simple campesino que se entregaba al estudio de la astronomía con bastante asiduidad. Se llamaba Eleazar Feronce y era jardinero en el castillo del condestable Lesdiguières. El instrumento á cuyo beneficio hacia sus observaciones, era un octante de unos tres piés, con los grados divididos en minutos por transversales. Gassendi hace mencion de este observador y de sus observaciones que le fueron comunicadas por otro aficionado á la astronomía, M. de Valois, tesorero de Francia en Grenoble. — Muchas de estas observaciones se hallaban en los manuscritos de la Biblioteca nacional con las de Boulliaud.



*Crabtree* (Guillermo) mercader de paños de Broughton, cerca de Manchester, en la provincia de Lancastre, observó el paso de Vénus en 1639 é hizo muchas observaciones astronómicas. Vallis imprimió algunas de ellas con las obras de Horrocius ú Horrockes, muerto en 1644 como el mismo Crabtree que se cree fué victima de los trastornos que desolaban entonces á la Inglaterra.

Teodoro ó Dirck Rembrandsz van Nierop, nació en 1640

en Nierop, aldea de Holanda, y era de oficio zapatero. Cuando se publicaron los *Principios* de Descartes, Rembrandsz los leyó, los admiró y quiso conocer á su autor confinado entonces en un retiro poco distante de Nierop. Pero los criados de Descartes rechazaron repetidas veces al humilde artesano, hasta que al cabo pudo llegar á él. Descartes prendado de su inteligencia, le animó y le recibió siempre despues con amistad. Entre sus obras que todas ellas revelan mucho sa-



Una leccion de astronomia, por J. Wright (1768). — Dibujo de PAUQUET.

ber y gran filosofia, se cuenta una de astronomia en holandés defendiendo á Copérnico. Rembrandsz murió en su aldea en 1682.

Juan Jordan de Stuttgart, egercia á mediados del siglo XVII el oficio de peletero. Esto no le impidió que estudiara la astronomia en los libros alemanes los únicos que podia leer, porque ignoraba el latin. Hizo grandes progresos en los cálculos, siendo ademas un mecánico bastante ingenioso.

Nicolás Schmidt, aldeano de Rothenacker, cerca de Hoff se puso en estado por si mismo de calcular las efemérides por los años de 1650, é hizo de esto una publicacion que duró veinte años desde 1653 hasta 1672, el año de su muerte.

Cristóbal Arnold, aldeano de Sommerfeld, cerca de Leipzig trabajó con mas utilidad. Gozando probablemente de un bienestar mediano, compró todos los instrumentos necesarios, y la misma mano que por la mañana habia guiado la carreta manejaba el telescopio por la noche. Siguió los

principales fenómenos celestes, como eclipses de sol, de luna, y los satélites de Júpiter, desde 1688 hasta 1695. Sus observaciones impresas en dos volúmenes, fueron á parar despues de su muerte á manos de Kirch astrónomo de la academia de Berlin. Montucla cree que de allí pasaron á la biblioteca de la Academia. Pero Lalande, en su *Bibliografía astronómica*, anuncia que los manuscritos estaban en el depósito de la marina. Anold fué el primero que descubrió el cometa de 1683. También observó el paso de Mercurio sobre el sol en 1690. Esta última observacion le valió una gratificacion de los magistrados de Leipzig: despues de su muerte, acaecida en 1697, su retrato fué colocado en la biblioteca de la misma ciudad.

Entre los astrónomos de vocacion que dió á luz la Alemania en el siglo XVII, debe contarse Andrés Henman, correo de Nuremberg, que por si mismo en un principio y despues por medio de las instrucciones de Weigel, se puso en estado de calcular el lugar de los planetas.